

## Hechos 10:34-38

Hechos 10: 34-38

En la primera Navidad los ángeles proclamaron: “Gloria a Dios en las alturas, y en la tierra paz, buena voluntad para con los hombres”. Ha pasado la Navidad, pero no ha pasado la vigencia de ese mensaje de paz. “En la tierra paz, buena voluntad para con los hombres” sigue siendo en esencia el mensaje cristiano.

Es cierto, vivimos en un mundo que mucho más está lleno de guerras y rumores de guerras. No ha muerto la memoria de la guerra del Pacífico hace más de un siglo. Estados Unidos e Irak parecen al borde de otro conflicto. Colombia sufre guerra civil, y se teme que en Venezuela pronto las protestas puedan tornarse violentas. Aquí mismo a veces pensamos dos veces en salir a las calles por la delincuencia tan extendida. ¿En dónde está, pueden estar pensando, esa paz que proclama el evangelio?

Jesús sí trajo la paz, pero no de la clase en que muchas veces piensa el mundo. Para ver el conflicto que él ha resuelto y los enemigos que él ha subyugado, debemos ver el testimonio de la Escritura. Nuestro texto es uno de esos testimonios. Pedro aquí comienza un sermón, el primero predicado a un público gentil, en donde revela a Jesús como un poderoso Salvador. El mensaje de paz en este sermón es también para nosotros hoy, así que vamos a meditar en el tema: “Jesús es un poderoso Salvador”. Veremos primero que él fue enviado para proclamar paz. 2: que fue capacitado en su bautismo para lograr la paz; 3: ahora envía a sus siervos a proclamar la paz.

Jesús fue enviado a proclamar la paz. Lo hizo efectivamente. Pedro en la casa de este soldado gentil en Cesarea puede decir a él y a los demás que están en su casa que ellos saben ya de la misión de Jesús. “Vosotros sabéis”, dice Pedro, y realmente esto es el caso tanto con las palabras que vienen antes de esto en nuestro texto como con las que vienen después. ¿Qué saben? Por una cosa, que “Dios envió mensaje a los hijos de Israel, anunciando el evangelio de la paz por medio de Jesucristo”.

La venida de Jesús a los Hijos de Israel — nació en Belén de Judea en la ciudad de David — fue una manifestación de las intenciones pacíficas de Dios hacia su pueblo.

También eso fue tema de los ángeles en la ocasión de su nacimiento, “que os ha nacido hoy, en la ciudad de David, un Salvador, que es Cristo el Señor” (Lucas 2:11).

Incluida en la misión de Jesús fue ser un predicador, un predicador de buenas noticias.

Los Evangelios nos dicen que desde el principio de su ministerio Jesús predicaba “las buenas noticias”. “Después que Juan fue encarcelado, Jesús fue a Galilea predicando el evangelio del reino de Dios. Decía: «El tiempo se ha cumplido y el reino de Dios se ha acercado. ¡Arrepentíos y creed en el evangelio!». (Marcos 1:14-15).

El contenido de ese mensaje de buenas nuevas era precisamente “la paz”, la paz entre Dios y los hombres. Debido a nuestro pecado, el estado natural de todos nosotros era de ser enemigos de Dios. Como Pablo nos recuerda en Efesios: “éramos por naturaleza hijos de ira, lo mismo que los demás”. Por causa de nuestro pecado, la ira de Dios pesaba sobre nosotros y hubiera tenido que condenarnos eternamente. Sin embargo, ya ha venido Jesucristo, el anunciador de la paz. De hecho, como también dice Efesios: “Él es nuestra paz”.

Pero Cristo no es sólo el que proclamó la paz, y así el medio por el cual este mensaje de Dios llegó a nosotros. Él también estableció en su misma persona esta paz. Tomó la carga de nuestro pecado sobre él, sufrió toda la pena y el castigo en la cruz, y así abolió con su sufrir en nuestro lugar la culpa que teníamos ante Dios y la hostilidad que esto acarreaba. Por medio de Cristo, Dios realmente está reconciliado con los pecadores. En este sentido también, el mensaje es “la paz por medio de Jesucristo”. “Y todo esto proviene de Dios, quien nos reconcilió consigo mismo por Cristo, y nos dio el ministerio de la reconciliación: Dios estaba en Cristo reconciliando consigo al mundo, no tomándoles en cuenta a los hombres sus pecados, y nos encargó a nosotros la palabra de la reconciliación” (2 Corintios 5:18-19). O como Pablo también lo resalta en su carta a Timoteo: “pues hay un solo Dios, y un solo mediador entre Dios y los hombres: Jesucristo hombre, el cual se dio a sí mismo en rescate por todos, de lo cual se dio testimonio a su debido tiempo” (1 Timoteo 2:5-6).

Pero nuestro texto nos dice que Dios lo envió para predicar la paz “a los hijos de Israel”. ¿Entonces qué le beneficiaba a

Cornelio escuchar esto? ¿Y de qué nos sirve a nosotros, que tampoco somos judíos?

Pues eso precisamente es el propósito de nuestro texto, realmente de todo este capítulo de Hechos. Nos demuestra que la salvación no es algo que se limita sólo a los judíos, sino que es para el mundo entero. Cornelio conocía al verdadero Dios, pero no era judío, no estaba circuncidado. Cuando los mensajeros de Cornelio habían llegado a la residencia de Pedro para pedir que los acompañara a Cesarea, a la casa de Cornelio, Pedro habría resistido si no fuera por una visión que le revelaba que no debe llamar a nadie inmundo. “Vosotros sabéis cuán abominable es para un judío juntarse o acercarse a un extranjero, pero a mí me ha mostrado Dios que a nadie llame común o impuro. Por eso, al ser llamado, vine sin replicar”.

Muchos judíos habían tenido la idea de que el Mesías sería enviado no sólo *a* ellos, sino también sólo *para* ellos. Y a pesar de que Jesús les había dicho que deberían hacer discípulos a todas las naciones, los mismos discípulos no tenían un concepto claro de lo que eso significaba. Por eso Pedro considera el hecho de que realmente los gentiles como gentiles también pueden recibir el evangelio una revelación tan grande. “En verdad comprendo”, dice ahora después de esa visión del cielo y el mensaje de los que venían de Cornelio.

En su discurso, Pedro indica a Cornelio que, aunque Jesús fue enviado *a* los judíos, realmente había sido enviado *para* todos. Lo hace cuando menciona de paso que el mismo que fue enviado a Israel para proclamar la paz es también “Señor de todos”. Su soberanía y su salvación no se limitan a una nación, sino son para todos. Así que Pedro estaba allí ese mismo día, proclamando ese mensaje de paz por medio de Jesucristo a Cornelio y su familia y amigos, gente que no era judía. Y eso porque Dios mismo lo había instruido a hacerlo. Y mientras Pedro pensaba en la visión, le dijo el Espíritu: “Levántate, pues, desciende y no dudes de ir con ellos, porque yo los he enviado».” (Hechos 10:20).

Podemos pensar que era automático que el evangelio debería llegar a los gentiles también. Después de todo, es la única manera en que podría haber llegado a nosotros. Como dijo un comentario, nuestro problema puede ser más bien ver por qué todavía se debe hacer la lucha por predicarlo a los judíos. Fácilmente decimos que el evangelio es para todos.

Sin embargo, no es tan difícil para nosotros tampoco caer en la trampa de pensar que Dios realmente muestra favoritismo, que nosotros tenemos alguna clase de derecho al evangelio y a la gracia de Dios que otros no tienen. No nos damos cuenta que al hacerlo realmente destruimos el mismo concepto de “gracia”, que después de todo es el favor *inmerecido* de Dios. Si no es así, ¿por qué no hacemos más esfuerzos para que el evangelio realmente llegue a los de otros estratos de la sociedad, otros países, otras partes de nuestro país? El evangelio no es nuestra posesión privada, porque Jesús “es Señor de todos”. La paz que él vino a proclamar y ganar es demasiado preciosa para que se limite sólo a un pequeño grupo. Es realmente para todos.

Jesús no sólo vino para proclamar la paz, sino para ganarla. La segunda cosa acerca de Jesús que Pedro menciona es que él fue plenamente capacitado para ganar la paz. Realmente estaba estableciendo esa paz durante todo su ministerio, aunque llegó a su clímax en su muerte y resurrección. Comenzó con el bautismo de Juan.

“Vosotros sabéis lo que se divulgó por toda Judea, comenzando desde Galilea, después del bautismo que predicó Juan: cómo Dios ungió con el Espíritu Santo y con poder a Jesús de Nazaret, y cómo este anduvo haciendo bienes y sanando a todos los oprimidos por el diablo, porque Dios estaba con él” (Hechos 10:37-38).

Menciona el bautismo de Jesús y lo que sucedió allí como algo esencial para cumplir todo lo necesario para nuestra salvación. “Dios ungió con Espíritu Santo y con poder a Jesús de Nazaret”. Tal vez nos sorprenda esto. ¿No es Jesús mismo Dios? ¿Por qué dice que Dios lo ungió, con el Espíritu Santo? Jesús es Dios, por supuesto. Pero también es un verdadero hombre. Y en su estado de humillación no usaba generalmente todo el poder y los atributos que se le pertenecían como verdadero Dios. Así, como hombre, recibió también la presencia y la ayuda del Espíritu Santo para enfrentar y cumplir toda la tarea que su Padre celestial, su Dios, le había asignado. Cuando Jesús fue bautizado, oímos que “vio al Espíritu de Dios que descendía como paloma y se posaba sobre él”. Juan nos dice: “Vi al Espíritu que descendía del cielo como paloma, y que permaneció sobre él. Yo no lo conocía; pero el que me envió a bautizar con agua me dijo: “Sobre quien veas descender el Espíritu y permanecer sobre él, ese es el que bautiza con Espíritu Santo” (Juan 1:32-33). También nos dice: “porque

aquel a quien Dios envió, las palabras de Dios habla, pues Dios no da el Espíritu por medida”. O sea, Jesús recibe la absoluta plenitud del Espíritu Santo para poder perfectamente llevar a cabo toda su obra de salvación.

Así es como Jesús “anduvo haciendo bienes y sanando a todos los oprimidos por el diablo”. A primera vista podría parecer que se está resaltando sólo la actividad de Jesús como el que hacía milagros de curación, etc. Sin embargo, si prestamos atención a las palabras “todos los oprimidos por el diablo”, veremos que esto es mucho más amplio que sólo unos milagros de libetar a los poseídos por demonios. Abarca toda la opresión del diablo, desde el control que ejercía sobre las personas por medio del pecado y la culpa, hasta los resultados físicos del pecado de la gente. Realmente la liberación de la culpa y la condenación fue mucho más importante que la curación física de las enfermedades. Jesús lo ilustró cuando a un individuo respondió primero a la opresión más grande que le afligía: “Ten ánimo hijo, tus pecados te son perdonados”. Sólo cuando otros cuestionaban su autoridad para hacer esto, Jesús dio la evidencia de su poder sanador en lo físico: “Toma tu lecho, y anda”. Porque Jesús fue ungido por Dios con Espíritu Santo y poder, tenía el poder y la autoridad no sólo sobre los resultados del pecado, sino sobre el pecado mismo, para poder librar totalmente a los oprimidos por el diablo.

Verdaderamente, las noticias que Cornelio ya sabía y que han llegado también a nosotros son buenas noticias. Nosotros también pertenecíamos a la clase de los que eran oprimidos por el diablo. Nos había mantenido bajo su control mediante nuestros impulsos y naturaleza pecaminosos, y de este modo nos tenía destinado a una eternidad de esclavitud y condenación. Pero Jesús, ungido con el Espíritu Santo y poder, pudo librar la batalla contra Satanás y ganarla, obteniendo para nosotros el perdón completo de todos los pecados y el don de la vida eterna con él en la gloria celestial. Nos dice Juan que “para esto apareció el Hijo de Dios, para deshacer las obras del diablo” (1 Juan 3:8). Ahora, en nuestro bautismo, Jesús libra a nosotros también de la culpa y el poder del pecado, y así de la opresión del diablo. Allí nos perdona los pecados y nos hace hijos de Dios. Allí también nos da el Espíritu Santo para prepararnos para toda buena obra. Allí también nos da los dones especiales del Espíritu Santo para que también nosotros podamos servir las necesidades de nuestros hermanos en la congregación cristiana.

¿No nos regocijaremos en nuestra liberación? ¿No seguiremos los impulsos del Espíritu Santo para creer en esta gran liberación que Jesús logró para nosotros? ¿No seguiremos el ejemplo de Pedro en nuestro texto para también compartir con otros el maravilloso mensaje de paz por medio de Jesucristo? ¿No usaremos los dones que el Espíritu da a nosotros para servir a Dios sirviendo a nuestro prójimo? ¿No olvidemos nuestro bautismo! Más bien, usemos los dones que Dios nos da en él para que nosotros también no sólo seamos creyentes salvos por Cristo, sino lleguemos a ser pequeños Cristo para nuestro prójimo. Amén.